

1.8 La Primera Raza Mortal -

RE: Deidad - La respiración de la Creación

Mi taller era un completo caos. Esencias de diversos elementos y energías, diagramas, y un millar de otros materiales yacían dispersos por los escritorios de madera que alineaban las paredes o por el suelo de mármol. Varias muestras de vida, algunas a medio terminar y otras como conchas vacías e intactas conservadas en el tiempo, se mezclaban con el desorden, apareciendo más a medida que las consultaba para referencia. Algunas incluso flotaban en el aire para un acceso más rápido, así podía examinarlas y luego desecharlas con la misma rapidez. Simplemente no tenía la claridad mental para limpiarlo todo, aunque solo fuera con un gesto de mi mano.

Crear una raza mortal me estaba dando más trabajo del que imaginaba.

Dirigí la mirada al cuerpo sin alma de un humano que flotaba ante mí, en posición t- con los ojos cerrados. Crearles no era difícil—los conocía bien, de adentro hacia afuera—pero simplemente no eran suficientes. No, eso no era correcto.

Suspiré profundamente y cerré los ojos, cambiando la forma en que pensaba. Para lo que eran, para su universo, los humanos eran más que adecuados. Fuertes, resistentes, adaptables, con mucho margen para el crecimiento físico, espiritual y mental. Y, lo más importante, eran el tipo de recipiente universal que una variedad asombrosa de almas deseaba habitar. Desde almas de gran mal hasta grandes almas de bien, todas se sentían atraídas por ellos por diversas razones. Realmente no había nada de malo en la plantilla humana para mi antiguo universo. Pero no para los Cuatro Reinos.

Olvidando por un momento las almas y cómo variaba la reencarnación entre universos, incluso los aspectos físicos de la humanidad no eran suficientes. Ya las otras formas de vida que había creado mostraban signos de magia y cultivo, bestias espirituales, las llamaba, incluso aquellas que originalmente no estaban diseñadas para ello. Y estas bestias no solo desafiarían a los humanos comunes por la supremacía, sino que probablemente los dominarían por completo.

Los humanos simplemente no estaban diseñados para el estilo de cultivo de los Cuatro Reinos.

Sin embargo, por su adaptabilidad, no dudaba de que eventualmente encontrarían una forma. Ya podía imaginarlo: ellos, sin tener las herramientas necesarias para triunfar, alzándose de todas formas, “desafiando la voluntad del cielo,” quizás incluso armados contra sus padres divinos, buscando reemplazar al Dao celestial... sentí un escalofrío. Quisiera evitar, en la medida de lo

posible, caer en esa línea de pensamiento.

Creé un universo de Xianxia, aunque de manera accidental, y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo. Intentar ir en contra de ello sería prepararse para un fracaso futuro; mejor aceptarlo y planear en consecuencia.

“Así que, dejando de lado eso, veamos qué puedo hacer aquí,” murmuré para mí, inclinándome hacia adelante y examinando el cuerpo humano con atención crítica. Me gustaba su diseño básico, pues había tomado cierto apego a él en mis propias vidas, así que probablemente permanecería con solo algunas modificaciones menores. Justo cuando iba a comenzar, una presencia demasiado familiar apareció de repente detrás de mí.

“Señora, ¿todavía está trabajando?” preguntó Randus, el dios de cabello sal y pimienta, parpadeando con sus oscuros ojos en una especie de sorpresa fingida cuando me volví para mirarlo. “Está despierta. Temía que hubiera vuelto a dormir.”

“Eso ocurrió una sola vez, Randus, y tú naciste de ello, así que difícilmente puedo considerarlo improductivo. ¿Y cuántas veces tengo que decirte que me llames Padre o Madre?” respondí con una mezcla de cariño y exasperación, sacudiendo la cabeza e intentando no irritarme por la interrupción. Estaba a punto de ponerme en marcha, lo sentía...

Ah, ¿quién era yo para mentirme? Estaba estancada y necesitaba una distracción.

"Soy vuestra sirviente, señora. Nunca podría dirigirme a Vos de manera tan familiar," dijo, inclinando ligeramente la cabeza y cruzando los brazos de manera formal sobre su abdomen. Suspiré y pellizqué el puente de mi nariz, casi oyendo cómo capitalizaba el 'Vos' en esa declaración solo para molestarme.

"Eres mi hijo y harás lo que se te diga," dije, cruzando los brazos.

"El efecto de esa declaración se reduce cuando todos somos Tus hijos, Marm," dijo, aún inclinado. Entrecerré los ojos y suspiré con una frustración exagerada por el joven. Sin duda, era mi hijo—heredó mi sarcasmo a la perfección, y luego lo aumentó a once.

"¿Qué quieres, Randus? Tanto como disfruto nuestras charlas, no puedo imaginar que hayas venido solo para fastidiarme, especialmente considerando en qué ando metida," respondí con tono despectivo. Los ojos de Randus, como era predecible, se desviaron hacia el cuerpo humano en cuanto mencioné eso, destellando con interés. Como dios de los sueños, tenía un interés particular en la apariencia de los mortales. Sus sueños eran muy diferentes a los sueños de bestias y dioses, después de todo.

"Lady Reika ha venido a visitarme, aunque no puedo imaginar por qué," respondió después de un breve momento. Salté de pie, con la emoción corriendo de repente por mis venas.

"¿Oooh, es por ese proyecto secreto de ella?" Prácticamente vibraba solo con pensarlo—había sido sumamente reservada respecto a eso y, siendo la madre responsable que soy, no había cotilleado. Mucho. ¡Era muy difícil no hacerlo, ¿ok?!

"No puedo decirlo. Pero no pude impedir que entrara, y tú eres bastante cobarde a la hora de mantener a tus hijos alejados de tu lugar de trabajo, así que pensé que te gustaría una advertencia," dijo. En lugar de responder, me lancé adelante a gran velocidad, sincronizando perfectamente el momento para que cuando Reika abriera las puertas de mi taller ya estuviera allí, lanzándome sobre ella en un gran abrazo.

"¡Reiiikaaaa! ¡Randus me está vejando!" solloqué, levantándola de los pies en un abrazo de oso y girándola en el aire. Ella rió, su cabello verde revoloteando mientras girábamos. "¡He estado tan sola con él solo! ¡Tú apenas vienes a verme!" La solté y ella agitó la cabeza con cariño, apartándose de mi abrazo y arreglando su vestido.

"Eso es porque, a diferencia de Vos, ella ha estado ocupada administrando su Reino. La vida es muy complicada así," dijo Randus con tono despectivo. Le señalé con dedo acusador.

"¡¿Ves?!", exclamé. Reika volvió a reír, intentando lanzar una mirada de reproche que era más adorable que amenazante, y agitó un dedo en señal de advertencia.

"Para alguien tan joven, eres muy atrevido, Randus," dijo ella. "Aunque por eso nos gustas, intenta ser un poco más amable con Mamá. Sabes que ella trabaja arduamente para mantener el equilibrio en los Cuatro Reinos." Randus y yo la miramos en silencio, con una suave sonrisa aún danzando en sus labios, y las flores elementales en su cabello brillando junto a su alegría silenciosa.

"Eres demasiado dulce," finalmente decidí, habiendo esperado en parte que se uniera a Randus en sus bromas.

"Debemos protegerla," asintió Randus, y yo le seguí con la cabeza. Reika se ruborizó, moviéndose de un pie a otro y aclarando su garganta. "Aunque debo discrepar contigo, Lady Reika. Si no fuera por mí, el Gran Palacio todavía estaría sin terminar." Le lancé una mirada poco firme a Randus. Es cierto, aunque aquello, en realidad, solo porque a mí no me importaba el palacio y prefería dedicarme a otras cosas. Solo sus insistentes quejas me convencieron de terminar mi propia casa. ¿Eso me convierte en una workaholic?

Con una queja de buen humor, regresé la mirada hacia Reika, obteniendo mi primera clara visión de ella en... ¿realmente había pasado casi un siglo desde la última vez que la vi? El tiempo pasa tan rápido cuando eres una Deidad Originaria.

Había cambiado un poco. Su cabello estaba recogido en un moño elegante, atado con una enredadera de hiedra que caía hasta debajo de su cintura. Las flores en su cabello estaban más vibrantes, los elementos que las componían ahora más densos y compactos, con pétalos mucho más detallados. Incluso habían florecido algunas nuevas, flores de metal y luz que brillaban entre los rojos, azules y amarillos.

"Perdón por la visita tan repentina," dijo ella. "Solo quería mostrarte algo interesante. Esta pequeña serpiente aquí, es la única de su tipo que he logrado encontrar," Con eso, Reika sacudió sus mangas, de donde salió una pequeña serpiente de colores arcoíris con alas blancas que se deslizó para observar el taller. Su lengua bifurcada salió a probar el aire, y solté un suspiro de ternura hacia la pequeña criatura.

“Siempre eres bienvenido, y es hermosa, ¿verdad?” reflexioné, acariciando su barbilla. La conexión que tenía con los Cuatro Reinos me decía que Reika estaba equivocada, que no era la única de su clase, pero mi mente se distrajo por otra cosa. Las escamas de la serpiente contenían vestigios de siete elementos diferentes, no convirtiéndola en un espíritu bestia, sino en... mmm, una idea empezó a formarse mientras tomaba la pequeña criatura de Reika y regresaba a mirarla. “Quizá...”

Con una mano hice un gesto de agarre, y cinco esencias elementales diferentes, capturadas en frascos, se elevaron desde el suelo hasta rodearme en el aire. El cuerpo del humano se descompuso célula por célula, reconstruyéndose rápidamente con las esencias elegidas, imbuidas en cada fibra de su ser. Metal y tierra para que los huesos sirvieran de base; tierra y madera para la carne, estimulando su crecimiento; fuego y agua para la sangre, llevando pasión y nutrientes; y las cinco en conjunto para los órganos vitales. De inmediato, podía percibir que el cuerpo era mucho más fuerte que antes, alineado con los elementos aunque imperfectamente.

Eso fue intencional. Había dejado deliberadamente espacio con los elementos que había escogido para que otra persona pudiera introducirse si fuera necesario. Así, si alguien quisiera cultivar relámpagos, ciertamente podría. Estos cinco simplemente proporcionaban un equilibrio armonioso. Y, dado que los elementos físicos son inherentemente caóticos, esto daría a esas personas mucho margen para crecer y cambiar. No tenían que ser eternos, como lo era mi propio cuerpo, pero podía sentir que ciertamente había potencial allí. Un potencial que no podía eliminar, incluso si lo intentaba.

“¿Madre...?” preguntó Reika al verme avanzar hacia las rutas de cultivo, con los dedos danzando en el aire como si tocara un piano.

“Déjala en paz. Sabes cómo se pone cuando está en modo creativo,” dijo Randus, sin poder ocultar la emoción en su voz. ¿Sabes que puedo escucharte, verdad? pensé, pero no respondí en voz alta.

En cambio, abrí la palma de mi mano y mostré la energía blanca del Reino del Cielo para que emergiera, presionándola suavemente en la forma física. No laforcé a fusionarse con el cuerpo como había intentado antes, sino que carvedé caminos que permitieran que la energía fluyera dentro y a través de la carne y los huesos. La pureza de la energía del Reino del Cielo mantendría el qi —que es un término general para todos los tipos de energía— y permitiría que se filtrara naturalmente en la forma física para nutrirla, sin contaminar el qi con energía elemental.

Como la energía alineada con el yin del reino celestial podía ser intensamente física, había estado intentando forjar el cuerpo a partir de ella; pero era mejor permitir que la energía nutriera dicho cuerpo y fortaleciera las otras energías que lo componen, en lugar de que fuera exclusivamente esa.

Con ceño fruncido, extraje a continuación energía del Reino del Karma, enfocándola principalmente en la región de la cabeza para crear la mente. La expresión “mente-cuerpo-alma” no era simplemente una frase; en muchos sentidos, la mente difería mucho del alma y era más que solo el cuerpo. Y considerando que la energía negra del Reino del Karma era rica en energía mental y psíquica, tenía sentido formar la mente con ese material. Tan pronto como terminé de moldear el esquema básico de la mente y la coloqué en el cuerpo, esta lo inundó por completo, la energía

negra fluyendo hacia abajo para crear un sistema nervioso compuesto por los elementos, pero guiado por la mente. Sonreí. Lo único que quedaba ahora era el alma.

“¡Randus! Trae el carruaje, ¿quieres?” pregunté de repente, sintiendo que en ese preciso momento era el momento de introducir a Mis Primeros Habitantes en los Reinos. Por una vez, no se resistió ni refutó, desapareciendo completamente de la vista mientras teletransportaba hacia donde guardaba los carruajes.

“¿Vas a crearlos ahora?” preguntó Reika suavemente, intentando ocultar su propia emoción.

“Sí. No hay mejor momento que ahora, y creo que esta vez lo tengo,” respondí con una sonrisa. “Y todo gracias a ti y a esta pequeña.” Levanté la serpiente de colores del arcoíris en el aire, sonriendo a la criatura que había sido mi inspiración. Reika sonrió radiante cuando se la devolví, girándome de inmediato y dirigiéndome hacia la veranda. El cuerpo mortal flotaba tras de mí, aún en posición T, porque me parecía divertido. No era solo en posición T. Era una posición T de manera agresiva.

Mi taller era verdaderamente enorme, en gran parte debido a la magnitud de algunas de las tareas en las que tenía que trabajar, con unas puertas dobles de cristal en el extremo opuesto que se abrieron hacia la veranda. Randus ya estaba allí, sentado al mando de un gran carruaje de oro y negro tirado por cuatro caballos de relámpagos y nubes. Caballos de tormenta, y estos eran inmortales. Principalmente porque los amaba profundamente, desde que los primeros lograron cultivar relámpagos en sus cuerpos mortales en el Reino del Cielo, así que elegí a algunos para que fueran los animales que tiraran de mi carruaje.

“¡Hacia la Cuna, Randus!” exclamé, sentándome a su lado en el asiento delantero. Él me miró en blanco y a murmuré, resbalándome con desgana para subir al carruaje. Era casi nauseablemente lujoso, según su diseño. Cojines de terciopelo rojo, decoraciones de plata y blanco de buen gusto en marcado contraste con el exterior negro, y un cofre lleno de hielo y vino blanco de buena calidad.

Bueno, esa última parte me parecía aceptable. Aunque prefiriera los tintos, no podías llamarte italiano sin apreciar algunos blancos. Bueno, en realidad exitaliano. Además, ¡los vinos blancos eran para celebrar!

Reika ya me esperaba dentro, y coloqué el cuerpo mortal para que se sentara en frente de mí mientras yo me sentaba al lado de ella. Ella levantó una ceja, pero en su mayor parte ignoré su juicio silencioso, concentrándome en los toques finales. La parte espiritual del cuerpo tendría que esperar hasta que un alma fuera colocada en su lugar, pero eso no significaba que no pudiera jugar con la estética. El carruaje se movió de repente con un sacudido, el sonido familiar del trueno resonando en mis oídos mientras los caballos de tormenta partían.

Rasguñando mi barbilla pensativamente, probé distintas pequeñas modificaciones en el cuerpo. ¿Cuatro brazos? No, demasiado vulgar. ¿Piel morada? No está mal, pero no era lo que buscaba. ¿Líneas doradas o plateadas en la piel—a rayas! Bueno, en realidad me podía gustar. ¿Orejas puntiagudas? Solo un poco. No las enormes orejas de elfo, eso no era lo ideal para mí. ¿Garras...? No, impedían demasiado la destreza. ¿Seis dedos? No, eso ya lo pensaba demasiado.

Sacudiendo la cabeza, desterré todos los pensamientos superfluos de mi mente. Mantener las cosas simples—en realidad, la respuesta más sencilla solía ser la correcta.

Como decían los cristianos en mi antiguo mundo; “Dios creó al Hombre a su imagen y semejanza.” Así que empecé con eso.

Dos brazos, dos piernas. Ojos, boca, orejas—aunque las mantuve ligeramente puntiagudas, porque me gustaba eso. Y cuernos que coincidieran con los míos, enrollados que se alzaban sobre la cabeza para los hombres, y alrededor de los lados para las mujeres. Sentí tentación de darles una cola emplumada como la de Elvira, o alas como las de Keilan, o incluso flores en el cabello como Reika, pero finalmente decidí no hacerlo. Quisieran crear su propio Pueblo, y copiarían lo que yo había hecho simplemente porque así era su naturaleza. Harían sus Personas a su imagen.

Al final, el único cambio que hice en su forma respecto a la mía fue mantener las líneas doradas o plateadas en la piel. Formaban pequeños diseños, que recorrían los brazos y las piernas hasta terminar en las palmas y las plantas, extendiéndose por el pecho y subiendo por la nuca. Eso era bastante placentero, y añadí algo que solo aquellos con un poder espiritual profundo notarían conscientemente. Las líneas, como su apariencia física, reflejarían el karma. Qué tan brillantes o oscuras fueran, qué tan hermosas o feas—todo sería un reflejo de ello. Y, salvo que alguien tuviera un entendimiento profundo del karma, no podrían percibirlo a simple vista.

La belleza y la brillantez no equivalían a bondad. La fealdad y la oscuridad no implicaban maldad. Para mí, todo era claramente definido. Para seres mortales, cuya visión estaba deliberadamente limitada, pues esa era parte de la naturaleza del crecimiento, sería mucho más confuso.

“Estamos aquí, señorita,” dijo Randus con tono perezoso, haciendo que el carruaje se detuviera casi sin ruido. Yo floté fuera del carruaje sin decir palabra, el cuerpo mortal flotando tras de mí, y miré hacia Cradle.

Era un planeta del tamaño de la Tierra, con diez continentes, orbitando uno de los dos soles menores que, a su vez, orbitaban el Árbol de la Vida y la masa de tierra donde residía, Pangea. Ésta sería la prueba. El Cuna de la vida. El “jardín del Edén,” aunque no fuera una verdadera utopía. Sonreí. Ya tenía el lugar perfecto para ellos.

Con un aplauso de mis manos, el cuerpo se dividió en dos; uno masculino y otro femenino. El masculino tenía el cabello tan negro como el mío, y la femenina un gris brillante. Ambos estaban igualmente en forma, ni demasiado delgados ni demasiado gordos, con hojas cubriendo sus partes nobles. Adán y Eva. Sonreí un poco ante mi pequeña broma—como si todo un Pueblo pudiera nacer de dos seres individuales. Con otro aplauso, los seres se multiplicaron, miles flotando en el espacio ante mí.

“No tienen almas, señorita,” dijo Randus con ayuda. Fruncí el ceño, juntando las manos para llamar las almas que estaban esperando esta oportunidad. No eran espíritus. No eran divinas, aunque ciertamente tenían la capacidad de serlo. Eran... algo distinto. Como mis hijos mayores y yo, eran almas que generaban energía solo por su existencia; no quería crear cultivadores que drenaran la energía del mundo, agotándola para su propio beneficio. Utilizarían esa energía para alimentar su crecimiento y la devolverían con su existencia.

La cultivación que alimentó su propio crecimiento, así como el crecimiento de los reinos.

Idealmente, un ganar-ganar.

Con suavidad, presioné el alma en el primer cuerpo, encajándola como una pieza de rompecabezas. Inmediatamente, una transformación cualitativa la recorrió; el alma activó el corazón, la mente energizó el cuerpo, y este alimentó a ambos, las esencias de cada una entrelazándose para formar un todo grande y armonioso. Sonreí, observando cómo crecía... y rápidamente alimenté a cada uno de los otros cuerpos con almas propias.

“Son hermosos,” susurró Randus, en un momento raro de asombro. Lo miré y no pude evitar sonreír. Sus ojos estaban vidriosos mientras contemplaba los sueños de todos estos mortales, tan jóvenes aún. Y, en ese instante, comprendí que mis otros hijos se habían unido a nosotros, observando en silencio mientras creaba a los Primeros Humanos.

“¿Cómo los llamarás?” preguntó Reika.

“Fae. Se llamarán los Fae,” respondí, saboreando el nombre y encontrándolo... adecuado.

¡La creación!

Eres la primera de los doce Dioses Origen en crear una raza verdaderamente sapiente, a la que has nombrado [Fae].

En lugar de temer el camino hacia la Inmortalidad Mortal, lo abrazaste, creando un método para que los [Fae] alcanzaran la eternidad mediante sus pasajes de cultivo. Aunque el crecimiento de esta raza no sea tan veloz como el de otras, serán tenaces y poderosos, ejemplares de su dominio elegido, con vidas naturalmente largas más allá de las otorgadas por la búsqueda de la inmortalidad. Todos sabrán que los Fae fueron los primeros en ser creados por su Dios Origen.

El crecimiento de los Cuatro Reinos aumenta en un 20% como resultado directo de tus acciones.

Tan pronto como apareció la ventana, afortunadamente sin mucha ironía, los Cuatro Reinos estremecieron, gimiendo mientras la energía comenzaba a fluir de los miles de Fae. Era minúsculo en comparación con lo que yo o mis hijos producíamos, pero, aún así, había. Y algunos incluso fluyó hacia mí, alimentando mi propia alma y gradualmente aumentando la densidad de mi poder, a través de mi conexión con mi Pueblo. Fue una sorpresa inesperada, pero bienvenida, y tenía sentido en cierto modo. Como los había creado, eran mi responsabilidad, y como tal, habían formado un lazo kármico conmigo.

Esto, en cierto modo, impulsaría mi propio poder. Lentamente, con constancia, pero nunca sería tan efectivo como buscar mi propio crecimiento personal.

“Ahora entonces, vamos a poneros en orden,” dije, haciendo un gesto con la mano de manera despreocupada. Los miles de Fae descendieron al mundo inferior, dispersos en tribus por los diez continentes de la Cuna. Los vigilé por un tiempo, asegurándome de que sobrevivieran, pero pronto los esparciría por todo el reino físico y Pangea.

El cansancio me atravesó y mis hombros se hundieron, aunque la sonrisa en mi rostro no se disipó ni siquiera cuando mis hijos se acercaron. Alexander los observó, Keilan murmuró para sí mismo, y Elvira asintió sabiamente mientras veía a los Fae inspeccionar su entorno con la curiosidad de un niño. ¿Quién hubiera pensado que crear una raza sapiente sería tan agotador?

Bueno, en fin. Al menos ahora era oficial. Los Cuatro Reinos contaban con sus primeros seres sapientes.

Revisión #1
Creado 16 septiembre 2026 00:35:16 por John Doe
Actualizado 16 septiembre 2026 00:35:16 por John Doe